

La inmutabilidad de Dios

1. *Dios es completamente inmutable* (dogma). Cuarto Concilio Lateranense (D. 428); Vaticano, sesión 3, cap. 1 (D. 1.782).

Mutación es el paso de un estado a otro mediante la pérdida o recepción de formas accidentales o sustanciales, de determinaciones secundarias o esenciales.

La constatación del Concilio del Vaticano va dirigida contra los panteístas con su doctrina de la evolución y, respectivamente, del desarrollo y devenir de Dios (véase el § 41). La inmutabilidad de Dios significa que en Él no hay ni evolución, ni proceso alguno, ni aumento o disminución; o sea, que Dios se halla siempre en un estado de absoluta consumación y perfección.

Es preciso distinguir entre la inmutabilidad de su esencia y de sus decisiones. La inmutabilidad de la esencia es incondicional y necesaria. Esta necesidad no es una oscura imposición natural, sino una necesidad luminosa, libre, tal como corresponde a la esencia divina. Se deriva de la esencia; mejor dicho, se identifica con ésta. No es una fuerza ineludible y coartante, sino que Dios la ve con suprema claridad y la afirma con bienaventuranza suprema. Se funda en la perfección de Dios, que no es capaz de aumento ni de disminución. Dios afirma incesantemente la perfección de su esencia con una fuerza de igual categoría que ésta.

Los designios de Dios relativos a las criaturas no se hallan so-

metidos a la ley de la necesidad. Otros designios serían compaginables con la esencia de Dios. No estaría en contradicción con esa esencia el que Dios no se hubiese decidido a crear el mundo o a salvar sobrenaturalmente al hombre. Ciertamente es, no obstante, que una vez concebidos, son inmutables los designios divinos. La inmutabilidad de los designios divinos efectivos se deriva de la inmutabilidad de la esencia divina, con la cual son idénticos y se funda en la simplicidad divina. Dios concibe sus designios con la misma eternidad de que goza su ser divino. Por eso no se da en Dios jamás un cambio de decisión. Pero esta inmutabilidad es condicional, puesto que los designios divinos se fundaron en un acto de amor libre.

2. La Sagrada Escritura da testimonio de la inmutabilidad del ser y voluntad de Dios. Así, *Núm.* 23, 19: «No es Dios un hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para arrepentirse». ¿Lo ha dicho y no lo hará? ¿Lo ha prometido y no lo mantendrá? En el Salmo 32, 11 y sigs.: «Anula Yavé el consejo de las gentes y frustra las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Yavé permanece eternamente los designios de su corazón por todas las generaciones.» *Ecc.* 42, 21 y sigs.: «Él ordenó la grandeza de su sabiduría, es uno y el mismo desde la eternidad; nada tuvo que añadir ni quitar, y no necesitó consejo de nadie.» Según Santiago (1, 17), en Dios, Padre de las luces, no se da mudanza alguna ni sombra de alteración. San Pablo describe detenidamente, en su epístola a los romanos, la fidelidad inmutable de Dios. Cuando la Escritura habla de cambios en los sentimientos de Dios (arrepentimiento, condescendencia, perdón, etc.), se trata siempre de metáforas, respectivamente, de enunciados sobre Dios emitidos según la analogía de nuestro modo humano de pensar.

3. En la época de los Santos Padres se defiende frecuentemente la inmutabilidad de Dios contra las ideas panteístas o dualistas de los estoicos, gnósticos y maniqueos.

Orígenes escribe: «Sobre este punto creo haber dicho ya lo necesario cuando expuse cómo han de entenderse los textos en que la Escritura habla de que Dios ha descendido entre los hombres. Para ello no necesita someterse a un cambio, el cual tendrá lugar según la opinión de Celso; no necesita pasar de lo bueno a lo malo, de lo hermoso a lo feo, de la dicha a la desdicha, o del mejor al peor de los estados. Pues Dios permanece inmutable en su esencia, y sólo mediante su providencia y voluntad redentora se digna entrar en relación con los hombres. La Sagrada Escritura da

testimonio de esta inmutabilidad de Dios cuando dice: Yo no me cambio... No sucede lo mismo con los dioses de Epicuro. Estos se componen de átomos y dada esta estructura estarían sometidos a la descomposición si con todas sus energías no se esforzasen por arrojar fuera de sí los átomos que podrían ocasionar la destrucción. Puesto que es un cuerpo, también el Dios de los estoicos tiene como principio director tan pronto una parte del mismo, cuando tiene lugar la formación del mundo. Pues estos filósofos no han podido llegar a la concepción natural de que Dios es un ser absolutamente incorruptible, simple, incompósito e indivisible» (*Contra Celso*, lib. 4, sección 14; BKV, II, 312 y sigs.).

San Agustín expone lo siguiente: «Si no bastasen las fuerzas de la razón, la fe debería confundir los argumentos con los cuales gente impía trata de apartar del verdadero camino nuestra confianza en Dios, para conducirla al lugar de su movimiento bíblico. Pero también razones evidentes dan al traste con estos círculos giratorios inventados por la locura; confiemos en la ayuda de Nuestro Señor y Dios. El principal entre los errores que les hacen moverse en un círculo falso, en lugar de ir por el camino recto y verdadero, consiste en que comparan con su espíritu limitado, mutable y humano el espíritu divino absolutamente inmutable, que comprende todo ilimitabilidad y series infinitas de números sin ir con el pensamiento de lo uno a lo otro. Les ocurre lo que dice el Apóstol: Por compararse consigo mismo, no llegan a la comprensión. En verdad que ellos adoptan una nueva decisión siempre que se proponen realizar algo nuevo, y lo realizan, en cuanto que son espíritus mutables, en virtud de esta nueva decisión; en su pensamiento se colocan a sí mismos en el lugar de Dios, a quien no pueden abarcar con el pensamiento y no comparan a Dios con Dios, sino que se comparan a sí mismos consigo mismo. Nosotros, al contrario, consideramos como inadmisibile la idea de que Dios cuando descansa se comporta de otro modo que cuando obra; en general, no debe ser considerado como movable en el sentido de que en su naturaleza tiene lugar algo que antes no existía. Lo movido se encuentra en un estado de pasividad, y es mutable todo lo que sufre un cambio. Por consiguiente, de su descenso tenemos que excluir la idea de languidez, inactividad e inercia; del mismo modo que de su obra debemos excluir la idea de trabajo, esfuerzo y penalidad. Sabe obrar en el descanso, y descansar en el obrar. Para ejecutar una nueva obra no necesita una nueva decisión, sino que la lleva a cabo con una decisión eterna; y no comenzó a crear porque estuviese cansado del anterior descanso. Suponiendo más bien que antes ha descansado y después ha obrado seguramente, el hombre no es capaz de comprender esto, el antes y el después, se encuentra, sin duda alguna, en las cosas que antes no existían y después existen; en Él, al contrario, una voluntad posterior y distinta no ha eliminado o cambiado una voluntad anteriormente existente, sino que con la misma eterna e inmutable voluntad ha hecho que las criaturas anteriormente no existiesen, cuando existían, y que después existiesen, cuando comenzaron a existir. Con ello quería quizá enseñar de modo maravilloso a los que tienen ojos para percibirlo que no necesitaba en absoluto de estas cosas, sino que las creó con bondad absolutamente libre, habiendo permanecido sin ellas en un estado de no inferior bienaventuranza desde una eternidad sin principio» (*De civitate Dei*, lib. 12, cap. 18; BKV, II, 232 y sigs.). «Quiero, pues, hablar con nuestro Señor Jesucristo, voy a hablar con Él, y que

Él se digne escucharme. Yo creo en su presencia, no dudo en manera alguna de ella. Pues Él mismo ha dicho: Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. Oh Señor, nuestro Dios, ¿qué quiere decir lo que has dicho: Si no creéis que yo soy? ¿Acaso no eran los que lo oyeron? Aun cuando fueran pecadores, eran también hombres. ¿Qué hacer, pues? Lo que el Señor es, que lo diga Él a los corazones, que lo diga Él interiormente, que lo hable en el interior, que el hombre lo oiga, que el espíritu conozca al Ser verdadero; pues es, en efecto, el Ser que permanece siempre idéntico a sí mismo. Porque una cosa cualquiera, mejor dicho, todas las cosas (ya había comenzado con la explicación y me había parado para buscar quizá quiero decir lo que he oído), todas las cosas, repito, aun cuando dispongan de las más excelentes cualidades, no son en verdad realmente si son mutables; pues no hay ser verdadero donde hay un no-ser. En efecto, lo que está sometido a la mutación, después de la mutación ya no es lo que era antes; si ya no es lo que era antes, entonces ha tenido lugar ahí una especie de muerte; ahí ha sido destruido algo que antes era y ya no es. El color negro ha desaparecido de la cabeza del anciano encanecido; la juventud ha desaparecido del cuerpo débil y encorvado del anciano; han desaparecido las fuerzas en el cuerpo del enfermo; del cuerpo del que anda ha desaparecido la quietud; del cuerpo del parado ha desaparecido el movimiento; ha desaparecido el ir y el estar de pie del cuerpo del que se ha tumbado; de la lengua del callado ha desaparecido el habla; donde quiera que hay cambio o donde comienza a ser algo que antes no era, allí descubro yo algo así como vida, en cuanto que es, y una especie de muerte, en cuanto que era. Por fin, cuando con respecto a una persona muerta se nos pregunta: ¿Dónde está aquel hombre?, nosotros contestamos: era. Oh verdad, que eres verdaderamente, pues en todas nuestras acciones y movimientos, en general, en toda excitación de cualquier criatura descubro yo dos aspectos, pasado y futuro. Pero yo busco el presente. No hay nada que posea consistencia; lo que he dicho ya, ha dejado de ser; lo que quiera decir, no existe todavía; lo que he hecho ha dejado de ser; lo que quiero hacer, no existe todavía; lo que he vivido ya, ha dejado de ser, lo que quiero vivir, no es todavía. En todos los movimientos de las cosas encuentro pasado y futuro; en la verdad que permanece no encuentro ni pasado ni futuro, sino sólo presente, un presente perdurable, lo cual no puede decirse de las criaturas. Fíjate en las manifestaciones de las cosas, encontrarás un era y un será; contempla a Dios, y descubrirás un es, en el cual no puede haber ni un era ni un será. Si quieres ser, debes superar el tiempo. Pero ¿quién podrá superarlo con sus propias fuerzas? Que te eleve a ese estado aquel que ha dicho al Padre: Yo quiero que donde yo estoy estén también ellos conmigo. Como quiera que el Señor Jesucristo ha prometido esto, para que no muramos en nuestros pecados, me parece que con estas palabras: Si no creéis que yo soy, no ha querido decir otra cosa que lo siguiente: Si no creéis que yo soy Dios, moriréis en vuestros pecados. Está bien, gracias sean dadas a Dios que ha dicho: Si no creéis, que no ha dicho: si no comprendéis. ¿Pues quién podría comprenderlo? O ¿acaso habéis comprendido algo de este grande e inefable asunto ahora que yo me he atrevido a hablar de ello y vosotros parecíais comprenderlo? Si no lo has comprendido, entonces la fe te salvará. Por eso no dijo el Señor: Si no comprendéis que yo soy, sino que teniendo en cuenta de lo que eran capa-

ces dijo: «Si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados.» (*Sermón sobre el Evangelio de San Juan*; BKV, V, 169-171). «Entonces descansarás en nosotros tal como ahora obras en nosotros, y de este modo aquel descanso será tu descanso en nosotros, lo mismo que nuestras obras aquí abajo son obras tuyas mediante nosotros. Pero tú, Señor, obras siempre y descansas sin cesar; tú no te cuidas del tiempo y no te mueves en el tiempo y no descansas en el tiempo mismo y no obstante el conocer en el tiempo, en cuanto que eres el tiempo mismo y el descanso al fin del tiempo» (*Confesiones*, lib. 13, cap. 37; BKV, VII, 377 y sigs.).

4. De lo dicho arriba se deduce la inmutabilidad de Dios, puesto que el ser puro y subsistente y la simplicidad de Dios no son compaginables con la mutabilidad. Mutabilidad sólo puede darse allí donde la realidad está mezclada con irrealidad; el ser con posibilidad, de modo que puede tener lugar una ulterior realización, o no haya fuerza suficiente para conservar el ser ya poseído, de suerte que éste se puede perder.

5. La inmutabilidad de Dios no implica una actitud de indiferencia e impasibilidad frente a la suerte del hombre, y no es tampoco rigidez e inercia. De la sabiduría se dice lo siguiente (*Sap. 7, 24-27*): «Porque la sabiduría es más ágil que todo cuanto se mueve. Y siendo una, todo lo puede, y permaneciendo la misma, todo lo renueva.»

San Agustín describe de la siguiente forma la unión de inmutabilidad y vitalidad: «¿Qué eres tú, Dios mío? ¿Qué otra cosa, me pregunto yo, si no Señor y Dios? Porque ¿quién es fuera de Dios, o quién es Dios fuera de nuestro Dios? Ser supremo, el mejor de todos, poderoso, todopoderoso, sumamente misericordioso y justo, el más hermoso y omnipotente: tú permaneces inmóvil, y no obstante no se te puede agarrar; tú no te cambias, y no obstante haces que todo cambie; nunca eres ni nuevo ni viejo, y no obstante lo renuevas todo y conduces a los egoístas a la vejez sin que se den cuenta de ello; siempre estás obrando, siempre estás descansando; recoges, a pesar de que nada necesitas, y sostienes y llenas y proteges; creas y alimentas y consumes; buscas, a pesar de que nada te falta. Amas, pero sin pasión; te excitas, pero sin aflicción; te arrepientes, pero sin sufrir; te encolerizas, y no obstante sigues siendo la ecuanimidad; cambias en tu obrar, pero tu plan permanece idéntico; lo que encuentras y nunca has perdido. Sin necesitar te alegras de ganar algo; sin codiciar posesiones, exiges réditos. Se te paga más de lo debido, de modo que te conviertes en deudor. Pero ¿quién tiene algo que no fuese propiedad tuya? Pagas deudas, y no eres deudor de nadie; perdonas deudas, y no pierdes nada. ¿Qué más podemos decir, mi Dios, mi vida, mi santa preciosidad? O ¿somos capaces de decir algo cuando hablamos de ti? Y, no obstante, ay de los que callan y no quieren hablar de ti, pues aun lo más elocuentes no son sino mudos» (*Confesiones*, lib. 1, sección 4). Según la traduc-

ción de J. Bernbrt, *Augustinus Bekenntnisse und Gottesstaat, Kröners Taschenausgabe*, 653.

No se debe pensar que sería una ganancia en lo que concierne a nuestra entrega a Dios el poder pensar que sufre, lucha y se esfuerza con nosotros. No se debe creer que nuestra penitencia, nuestro arrepentimiento y nuestra confianza en el perdón divino serían mayores si Dios se cambiase efectivamente con respecto a nosotros. Dios no es inmutable en tanto que ser inerte, muerto, sino a pesar de ser actividad existente, en cuanto que es actualidad viva (véanse los pasajes de San Agustín arriba transcritos). Es mutable y necesita mutación el que no posee con adecuada fuerza de posesión la riqueza total del ser y de los valores. Dios no solamente realiza con fuerza absoluta y adecuada la riqueza existológica total, sino que es más bien esa misma riqueza, poseyéndose además a sí mismo con consciencia clarísima y absolutamente viva. Del mismo modo que Dios, el Ser absoluto, se compenetra y abarca a sí mismo, así también está presente en todas las cosas con su consciencia vigilante y su amor creador, de suerte que la esencia y la existencia de lo real, su contenido y su realidad, dependen de Él. En el acto con que realiza su vida espiritual, comunica realidad y ser a todas las cosas extradivinas libremente amadas por Él. Dios conoce cada una de las gradaciones particulares de lo extradivino y además su totalidad, la unidad del conjunto unificado de sus procesos, pudiendo, por consiguiente, afirmarlo como totalidad, con amor creador. Por eso no necesita tomar nuevas decisiones ante situaciones nuevas. Esto no quiere decir que cada uno de los momentos particulares del devenir no estuviesen presentes ante Él con toda claridad y precisión, que no conozca su valor o falta de valor, que no sean afectados por su amor y odio. El verdadero sentido es: Dios no necesita nuevas experiencias, ni necesita adoptar nuevas decisiones para comportarse adecuadamente ante una situación nueva de la esfera extradivina. Habría que admitir la existencia de tal mutación y cambio en el caso de que Dios conociese solamente los momentos particulares y no la totalidad, o si no conociese con exactitud todo su valor y sentido, o si no hubiese adoptado con fuerza suprema y adecuada sus decisiones, las que son idénticas con su propio ser. Por consiguiente, la obra de la Redención, nuestro arrepentimiento o nuestras oraciones no obligan a Dios a cambiar de actitud. A diferencia de lo que sucede con el hombre, los sentimientos de Dios no se cambian (véase

O. F. Bolno, *Das Wesen der Stimmungen*, 1943); Dios es amor activo y subsistente de lo bueno, es el amor en persona, el amor es su propia vida, y, como ya veremos en el Tratado sobre la Redención, ama y afirma el bien con siempre inmutable y adecuada fuerza de voluntad y con evidencia cognoscitiva absolutamente clara y precisa. La Redención es una obra de ese amor. Gracias a ella, la tierra volvió a ser digna del amor de Dios, el cual se extiende a todo lo valioso. La mutación se halla, pues, de parte de la criatura. El acto de la voluntad divina, absolutamente simple, infinitamente rico, se manifiesta de diferente modo según que sea la actitud adoptada por la criatura a la cual se refiere. San Agustín escribe (*Sermón 22, 6*) sobre este punto: «Si tú te cambias, se cambia Él también.»

Con los actos religiosos no podemos conseguir algo nuevo y no puesto por Dios, no podemos inducirle a que haga algo en nuestro favor. No obstante, esos actos conservan toda su importancia a pesar de la inmutabilidad de Dios. Dios les conoce como miembros parciales de la totalidad de nuestra vida y los tiene en cuenta en la valoración de ésta. Aunque Dios nos conceda muchas cosas en virtud de nuestras peticiones, no se trata en ello de un cambio en la actitud de Dios. La razón de ello consiste en lo siguiente: Dios no obliga al hombre a aceptar cosa alguna, respeta su libertad, no le da sino lo que está dispuesto a aceptar. La petición dirigida a Dios, dispensador de todos los dones, es la más clara y vital expresión del corazón dispuesto a aceptar los valores que Dios le ha reservado. En la oración deprecatoria, el hombre confiesa su limitación y debilidad. Al mismo tiempo confiesa en ella la riqueza y bondad misericordiosa de Dios, del cual espera obtener lo que él mismo no puede darse. En la oración el hombre honra a Dios. Esta oración es, pues, una glorificación de Dios. Ahora bien, Dios ha decidido desde la eternidad que la oración de este modo entendida sea un presupuesto necesario para que tengan lugar en el tiempo los efectos previstos en el plan eterno de la salvación. Por consiguiente, la inmutabilidad de Dios no está en contradicción con las vivas descripciones de la Escritura, que habla del acercamiento y alejamiento de Dios, de sus palabras de revelación y consuelo, de sus obras y de su actividad en la Historia. Todos los textos correspondientes aluden a que el hombre experimentará en el tiempo lo que Dios ha decidido en su eterno e inmutable plan de redención. Los acontecimientos de la Historia de la Redención se derivan del plan universal divino

y son llamadas con que Dios se dirige al hombre de una determinada situación histórica. Por eso, a pesar de la inmutabilidad de Dios, la voluntad viva de Éste y la del hombre histórico pueden estar de acuerdo en cada uno de los momentos históricos. Dios llama al hombre considerado como ser libre y no atenta de ninguna manera a su libertad, resultando de ello que el hombre puede cerrar los oídos a las llamadas divinas. De ordinario, esto sirve a Dios de motivo para intervenir de nuevo y con mayor intensidad en las cosas del mundo y del hombre. El «no» humano es, por decirlo así, una provocación a la cual responde el amor divino con nuevos y mayores esfuerzos dirigidos a salvar al hombre (recuérdese el concepto de *felix culpa*). Así, por ejemplo, la Creación es un acto mediante el cual Dios demuestra su amor hacia el hombre y el mundo. Después que el hombre hubo fracasado, Dios nos da una nueva y más patente prueba de su amor mediante la Encarnación y Redención. Al final de los tiempos históricos intervendrá de nuevo en favor del hombre, conduciendo a la comunidad humana y al mundo entero a un estado de consumación. Estas intervenciones de Dios dentro de la Historia no implican mutación alguna por parte de Dios. En cada una de sus intervenciones históricas Dios aparece en el tiempo en el que desde la eternidad había de verificarse según sus designios eternos; Dios conoce la totalidad del transcurso histórico y del desarrollo mundial y aparece en el momento en que tenía que aparecer, según lo dispuesto en el plan universal de Dios. La nueva intervención en favor del hombre no quiere decir que Dios decide llevar a cabo una nueva tentativa de salvación después que la anterior había fracasado. No es más que la realización temporal de decisiones y designios eternos. Más aún: es precisamente la inmutabilidad de Dios la que nos ofrece una garantía de que Dios sabe siempre bien lo que hace y debe hacer a pesar de que su atención está dirigida hacia la totalidad y hacia cada una de las infinitas particularidades del mundo y de la Historia; en esto se diferencia del hombre, el cual se desorienta y pierde cuando son muchas las misiones a que debe consagrarse. La inmutabilidad de Dios—expresión de la constancia ontológica y de la fuerza del amor creador divinos—comunica seguridad y perdurabilidad a nuestra vida de unión con Dios. Gracias a la inmutabilidad divina, sabemos con toda seguridad que Dios permanecerá fiel a las decisiones adoptadas; sabemos que existe un Ser perfecto hacia el cual se halla en camino nuestro

MICHAEL SCHMAUS

ser imperfecto y mutable, libre de los peligros de una desorientación absoluta.

La libertad divina no está en contradicción con la inmutabilidad de Dios; en efecto, ha adoptado las decisiones que conciernen a lo extradivino en un acto atemporal absolutamente comprensivo y libre. Como quiera que esas decisiones no necesitan ni son capaces de mejoras, hay que afirmar de ellas que son inmutables.